



Introducción

Nos hallamos en presencia del paisaje más encantador que puede soñarse: nuestras miradas se pierden en la dilatada extensión del lago Maggior, á uno y otro lado, como brotando de sus tranquilas aguas, se ven altísimas montañas escuetas y pedregosas, unas sombrías y melancólicas, otras de lujuriosa vegetación, rica en tonos alegres las demás. En las faldas de ellas se ven blancos grupos de casas que forman rientes y bulliciosas poblaciones; parecen bandadas de mansas tórtolas ó de amorosas palomas que bajaron de las cumbres para beber en el lago y se quedaron allí perplejas reflejándose en aquel mar de esmeralda, fidelísimo espejo de los cielos: regala nuestro oído el dulce concier-

to que con su canto forman los pájaros, canto hermosísimo al que hacen coro las hojas que se mueven impelidas por el rumoroso viento; la atmósfera se siente embalsamada por mil flores cuyos aromas son perfumes que en honor del Criador Supremo se queman en altares escondidos en sus tiernos cálices, y todo ello armonizado, forma un seductor contraste que extasia.

Aquí, en esta apacible calma que hace olvidar momentáneamente las eternas miserias de la vida, aunque no se quiera, se siente uno inclinado á poetizar: los que por desgracia no hemos nacido poetas nos tenemos que consolar hablando de ellos, muy especialmente de los que, en época no remota, pudieron con sus composiciones alejar tempestades de nuestra alma y llevar la posible tranquilidad á nuestro espíritu. Sabemos de antemano que las letras nada ganarán con la publicación de estos pobres apuntes, que alternativamente nos han dado alegrías y desengaños, motivos tal vez porque los queremos más: las artes no perderían nada si dejáramos de dar á luz estas particulares impresiones que, como hijas nuestras, tendrán cuantos defectos se les quieran imputar, pero á las que jamás se les hallará el de interesadas. Cuando las publicamos parte á parte, conocíamos sólo á dos de los poetas que nos entusiasmaron; Peza é Híjar y Haro, de ambos fuimos amigos, ambos se alejaron bien pronto de nuestro lado; el primero

prestó un grandísimo servicio á su patria dando á conocer en España la literatura mexicana; Híjar, el perfecto caballero, el sufrido amigo, no pudiendo vivir más en los medios en que se hallaba, que le han robado vida á costa de amarguísimos pesares, se fué, como decimos, aunque con pena. ¡Quién sabe si al pisar los Pirineos franceses suspiró dolorosamente, como debe hacerlo el desgraciado á quien se obliga á dejar la patria! Si no lo hizo debió hacerlo, porque si aquí en España, nación más censurada que estudiada, ni había nacido ni conoció á sus padres, si aquí no vió nacer á sus hijos ni en esta tierra dejaba la tumba de sus mayores, en cambio le quedaban amigos que lo querían con el alma, que supieron apreciar sus méritos, que siempre lo echaron de menos y que tan invariables afectos le expresaron en el común idioma que todos aprendimos cuando niños, para hacer manifestación de nuestras alegrías y de nuestras penas, para enumerar nuestras satisfacciones y nuestros desengaños.

A partir de aquel tiempo, hemos estudiado acerca de México cuanto hemos podido; gozamos siempre con los triunfos de aquel pueblo que constituye una de las naciones del mundo con que España dió un hermano al que tenía dominado, y hemos sufrido al saber sus dolores, pues por distantes é ignorados, nos duelen siempre los infortunios de los hermanos, los dolores de los hijos; mas siempre tuvimos confianza en sus progresos, porque pueblos que

con aliento varonil pisan tierras tanto más fértiles cuanto más holladas, que tienen corazón para admirar transparencias de purísimos cielos, bellezas que revelan á Dios, van adelante siempre, seguros de un más allá por el que luchan con el gran impetu de sus ánimos generosos. Podrá la nación mexicana no disputar lauros en el terreno de las ciencias, porque aun no ha llegado á la madurez propia para ello, pero en el campo literario sus triunfos se contarían por sus combates, y en combates literarios nunca podrían agotarse sus considerables fuerzas, que sensible es no sean conocidas.

Uno de los más grandes poetas de nuestro siglo, contemplando con pena la sorda y eterna lucha en que viven los pueblos, mas apreciando al propio tiempo los cambios y transmutaciones que paulatinamente se vienen operando, merced á los lentos progresos del derecho moderno, auguraba una época en que, deshechas las trabas, los ríos, en vez de límites divisorios, serían arterias. Tal vez no alcancemos esta ansiada época de la cual aun no se vislumbran los signos precursores: de éstos uno será especial diplomacia no embebida en cabilosidades ni en preparaciones de sorpresas, sino preocupada constantemente en activar el inmediato cambio de las producciones del espíritu, como el comercio actual se desvela en la importación ó exportación de las materias de general consumo. Entonces los pueblos se verán hermanos,

desaparecerán odios que avivan sangrientos recuerdos y la civilización será un hecho, no por la mayor rapidez en matarnos, sino por el inmediato conocimiento de nosotros mismos. Si esta sana y sencillísima doctrina se hubiera anticipado á deseos mal concebidos ó á cálculos mal fundados, seguramente que México sería apreciado hoy en todo su incalculable valor. Aquella nación que tiene, no sólo derechos, sino justísimos títulos á la general estima, apenas si es conocida más que por sus pasadas discordias intestinas, ó por las exageradas ridiculeces, dichas por algún viajero francés, que tal vez las concibió entre los vapores que á su cabeza hacia subir el champagne con que le obsequiaron galantemente: sus hombres apenas si son juzgados más que por esa desatentada cohorte de jóvenes ricos que vienen á París á tirar el dinero en crápula y orgías, y que al cabo de algún tiempo vuelven á la patria, perdida la salud y arruinados, no sabiendo ni dónde están las bibliotecas ni qué cosa es la Sorbona; pero conociendo á la perfección el argot de las prostitutas y el domicilio de todas ellas. Muchas veces los conocimientos resultan mal adquiridos por el poco tiempo que dedicaron á ellos aun los viajeros de buena fe; no pudiendo investigar por sí y entregados en brazos de interesados cicerones, cometieron gravísima injusticia, si al hablar de militares, no nombraran á Rocha; si al ocuparse en filología mexicana no hicieron men-

ción de Pimentel y Orosco y Berra; si al aludir á la historia ó á la estadística callaron á Larrainzar; si dejaron de contar entre los publicistas al distinguido general Riva Palacio; si dieron poca importancia á los estudios clásicos por no nombrar á Izcalbalceta ó á Montes de Oca, hombres todos de infinito valor, glorias de su patria, orgullo de las ciencias y las letras, pospuestos, en gran número de casos, á medianías entronizadas é incensadas por los que se dejan cegar por el oropel, ó mejor, por aquellos que se deslumbran por relámpagos que la pez griega hace brillar en los teatros.

Las violentas escisiones que durante mucho tiempo han separado á los pueblos americanos de España, van desapareciendo poco á poco: los espíritus cultivados se sobreponen fácilmente á miserias que no merecen recordarse, teniendo presente grandezas que jamás se deben borrar de la memoria. Pocas veces hemos visto que un escritor americano sea completamente imparcial, y que para juzgar los hechos como se debe, se coloque en el punto de vista á que debe aspirar todo el que desee escribir en el libro maestro de la vida: odiosa tiranía, crueldad inaudita, sin igual barbarie, atropello de la razón y del derecho; hé aquí las frases con que generalmente se pinta la dominación española, porque sin duda la juzgan á la luz de los progresos modernos; pero no debían olvidar que el gobierno de aquellos siglos era igual en todas partes, porque obedecía á los

mismos principios, y á fe que si la Inquisición y los vireyes cometieron atropellos en las colonias, no podían estar más tranquilos en la metrópoli, donde el Santo Tribunal era árbitro hasta de los más grandes, y donde los alcaldes de casa y corte valían tanto como cualquier virey: debieron estudiar mejor los hechos y hubieran visto que ningún país colonizador dejó en sus antiguos dominios tantos indígenas, y que España llevó á sus colonias, á México la primera, cuantos elementos pueden apetecerse para la generalización de la cultura. Tal vez el nuestro sea un optimismo exagerado, pero de lo que decimos hay pruebas en lo que se ve, y muy especialmente en el terreno literario; ¿es por ventura la mexicana una literatura diferente de la española?

Comprendemos perfectamente que en un tiempo Lessing, que como alemán, entre otras muchas cosas puede presentarse como ejemplo de alemán, protestara, herido en sus fibras más sensibles, contra la servil imitación á que se habían entregado los escritores germánicos. La literatura francesa lo invadía todo; las musas de aquella nación ostentaban atavíos franceses que sentaban mal sobre las amplias formas de las abultadas teutónicas, y de semejante corrupción se había preservado solamente lo que se preserva de todas las invasiones, la musa popular. Los autores de aquel tiempo se habían contagiado; el pueblo, sin embargo, seguía fiel á sus tradiciones, y en tanto la

dramática en todas sus especies y la épica en todas sus variedades, habían seguido y seguían inspiraciones ajenas, la lírica únicamente había sabido preservar incólume una de sus fases, la poesía popular; el volklieder no se adulteró jamás.

Lessing, como decimos, protestó, y aun hizo más; inauguró formidable campaña, cuyos resultados fueron volver la literatura alemana al camino de que jamás debió separarse: indicamos ya con esto que la literatura germánica se había separado de la vía que debió seguir para mantener su completa originalidad, y efectivamente es lo cierto. ¿Qué se habían hecho de las tradiciones épicas consagradas en los grandes poemas del Heldembuch? ¿Qué resultados habían dado las inspiraciones tiernas al par que viriles, moldes de las subsiguientes manifestaciones líricas? ¿Por qué se habían apagado los destellos que animaron en un tiempo á Hanç Schahs y á los suyos?

Preguntas son estas cuyas contestaciones no tenía que aguardar el reformador: convencido de que sobraba razón para hacerlo, se puso á la obra, y más tarde siguieron sus huellas Schiller, Goethe y tantos otros, glorias verdaderamente alemanas: allí, en una palabra, la originalidad en el fondo como en la forma no se creaba, sino que se reponía al estado en que debió mantenerse siempre.

¿Sería posible un Lessing en México? Por el valor que añadiría á aquella literatura se lo de-

seamos con toda el alma; pero la tarea que se propusiera, á imitación de su homónimo, le resultaría, no ya infructuosa, sino imposible. Siempre que hemos oído que una obra lleva por título *Historia de la Literatura Española*, hemos protestado, por hallar que el título resulta demasiado genérico. Fué España tan apetecida por sus especiales condiciones, que en su suelo vivieron pueblos tan distintos que ni etnográfica ni moral ni políticamente pueden relacionarse: para expresar sus deseos los que llegaban no aprendían el idioma de los naturales por no aparecer sin duda en parte dominados, en parte dominadores, sino que se servían del suyo propio; de aquí gran número de obras literarias preciadísimas que, perfectamente calificadas, no resultan españolas: á la historia de la literatura latina hay que llevar las de Lucano y Séneca, á la de la literatura árabe las de la hermosa Hafsa, Inb-Said y otros autores moriscos. Ahora bien, ¿no se encuentra México en igualdad de condiciones? ¿Desde cuándo se puede escribir la historia de la literatura mexicana? Si se nos responde que desde la independencia, contestaremos que las tradiciones literarias son las mismas que las de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz; el medio de expresión idéntico, lo cantado absolutamente lo mismo. Para readquirir la originalidad perdida por la conquista, hubieran tenido que borrar un pasado con el que no se muestran muy á gusto, y que es, sin embargo, lo que más

los engrandece, hubieran tenido que desechar la hermosísima lengua castellana y volver á emplear las olvidadas lenguas en que se cantaron aquellos informes dioses, á quienes podían atribuir todas las virtudes imaginables, siempre que no sostuvieran la existencia de una perfecta relación entre el fondo y la forma.

Distá mucho de nuestro ánimo querer sostener con esto que en los poetas americanos falta originalidad, sería sostener que los españoles entre sí carecen de ella; lo que afirmamos es, que desde la conquista, ó mejor aun, desde Sor Juana y Alarcón, la literatura mexicana marcha al compás de la española sin elevarse hasta donde se encuentra ésta, á pesar de su decadencia y sin que tampoco haya recorrido los tonos todos, pues, como hacía notar el inolvidable Revilla, no hay en América quien haga lo que Campoamor, aunque no falten al poeta de las dolores pésimos imitadores.

No han sido pocos los que, olvidándose de que pasaron ya los tiempos calamitosos del doctrinarismo, han subido al trípode, y queriendo conseguir popularidad á costa de condiciones que deben ser más apetecidas, ha declamado doctoralmente: tal ó tal poeta mexicano nada debe á la vieja Europa; ha bebido inspiración en los poetas sud-americanos. A nuestro pobre entender, esto es tan honrado como lo sería lo del que proclamara no ser hijo de su padre sino de otro cualquier descendiente de su abuelo. ¿Es que por ventura los

sud-americanos crearon algún género nuevo? ¿Han rehecho las tradiciones de aquellas fértiles vegas, de aquellas altas montañas? ¿Cantan ahora con los acentos que vibraron en las lirás de los mayos ó de los toltecas ó de los demás pueblos indígenas de quienes no quieren descender, olvidando que en nombre de aquellas razas hicieron la guerra para conseguir la independencia? No y cien veces no; creemos que vale más afirmar por completo la originalidad relativa, en el autor que la tenga, que empeñarse en sostener lo que ni siquiera es defendible, que la literatura mexicana ni por su fondo ni por su forma puede hacerse ajena á las tradiciones que le han dado el sér.

Tanto es así, que no sólo en los tiempos modernos, sino hasta en los ya pasados, pueden establecerse paralelos, pues es cierto que si para España pasaron Góngora y Lope, Castillejo y Luis de León, Santa Teresa y el Padre Isla, han pasado también para México, Abad y Sor Juana, Sartorio y Ortega, Ochoa y Sigüenza: hoy en cambio se han sucedido nuevos campeones, á los cuales nos toca presentar al público, estudiándolos en sus obras. Literatos de gran valía son hartamente conocidos en México, y sólo como literatos nos ocupamos de ellos: hubiéramos querido hacerlo de muchos otros notables también que sabemos existen, mas nos ha sido imposible hallar sus obras. De aquí que, para comenzar, tengamos que limitarnos á un reducido número de vates, que

formarán un grupo digno de llamar la atención el día en que, tal como se debe, aparezca escrita la historia de la literatura mexicana. Al hacer nuestro sumario juicio expondremos defectos en que hayan incurrido, mas creemos que el crítico moderno, ó el que por crítico quiera pasar, debe tener presente dos cosas principales: las naturales dificultades de la creación y las expansiones propias del carácter peculiar de cada autor: nos parece indicar claramente que para formar el juicio que hemos de emitir, no hemos cogido previamente ningún metro. De hacerlo, como muchos acostumbra, afirmamos que no quedarían dignos de fama más que aquellos autores que cada cual escogiera como dignos de ser presentados para ejemplo, y esta diferencia se ve clara y patente desde el momento en que se considere todo lo que hubiera resultado, si en vez de escribir las poéticas Aristóteles ú Horacio, las escribieran Shakespeare ó Leopardi. ¿Admitimos las primeras? condenamos los segundos: ¿tomamos como modelos al gran dramaturgo inglés, al inspirado lirico italiano? ¡desventurado Stagirita! ¡pobre preceptor de los pisones! No sabemos si del mismo modo que se ha conseguido encerrar el vapor para dirigirlo á gusto de los hombres, ó como se ha conseguido que un fluido invisible é impalpable transmita el pensamiento con tanta rapidez como se genera, llegará un día en que se invente un geniómetro con distintas escalas: una para cada

manifestación del pensamiento. Entonces sí que los apreciadores de talento podrán estar satisfechos, pero en tanto no tengan más que esta ó la otra arte poética, deben proceder más cautamente: con las que existen hemos visto juzgar á muchos autores, ¿y las artes poéticas, con qué elementos las juzgamos? ¿Será posible juzgar con la misma á Esquilo y á Calderón, á Eurípides y Shakespeare? ¿Podríamos aplicar los principios aristotélicos ú horacianos á estos genios sin correr riesgo de que unos ú otros fuesen desalojados del elevado puesto que la opinión general les ha concedido? ¿Con el arte poético de Boileau en la mano, Victor Hugo puede ser llamado el poeta del siglo? ¿Con arreglo á lo escrito por Martínez de la Rosa, Echegaray, á qué puesto hay que relegarlo?

Cierto que la exageración está mal en toda cosa, mas bueno es tener presente que el genio necesita más ancho campo que el prescrito á las medianías para que no se desorienten. Nosotros siempre tendremos presente esto, y de aquí que, al estudiar los poetas que presentamos, no hayamos refrescado nuestra memoria y repasado lo que, en ya lejanos días nos dió tanto que hacer. Horacio nos deleita como poeta, y cuando queremos hallar belleza leemos sus odas y sus epistolas; hace mucho que no hemos leído la 3 del L. II, porque, francamente, para hallar belleza á la Edad Media, entendemos que no hay que recurrir al recuerdo

de la legislación de aquella época, sino á las libres y espontáneas manifestaciones del arte. No numeraremos nosotros las composiciones para poder decir que hay un hiato forzado en el verso veinte y cuatro y un acento mal dado en la quinta sílaba del verso treinta, ó una locución prosáica en el que le sigue, no creemos pueda decirse que el más fiel apreciador de la belleza del campo es el agrónomo, porque puede apreciar de un valle la extensión y determinar las depresiones del terreno y consignar cuántos algarrobos hay y cuántos alcornoques, y aun á trueque de hacer el símil un poco violento, diremos francamente que no queremos ser agrónomos del campo literario. A nuestro modo de ver la bella literatura, la poesía, hay que juzgarla de otro modo, y no olvidar jamás que la forma métrica es en gran número de casos asesino del pensamiento poético. En el poeta buscamos poesía sin olvidar que tratamos de hombres, y sobre todo anhelamos que los que en nuestro tiempo escriban versos se pongan á la altura del siglo en que nos cabe el honor de vivir; las frases lamidas de los puristas nos dejan frío, y más que otra cosa nos hacen reír los desaliñados conceptos de los enemigos, por manía, de cuantas academias hay abiertas: las Filis, Galateas y Florindas deben quedar ya para museos arqueológicos; mas los tipos descocados y procaces no deben salir de alcobas cuya puerta obstruya densa cortina. Entendemos que los nuevos

ideales no son ni unos ni otros, sino, como en todas cosas, un justo medio; esto por lo que se refiere al fondo; la forma... que harmonice con él.

A. Fernández Merino.

Noviembre 1885

